

En caso de avistar monstruos marinos

Ligia María Orellana

9 DE ENERO DE 2115

La única aspiración de Simeón era ver emerger a La Ballena. Él quería ser el testigo número uno de la columna de fuego en el horizonte y de la catastrófica ola alzándose al cielo para desplomarse sobre la ciudad. Esa era su aspiración, cuando era niño. No sabía lo que estaba pidiendo. Ahora Simeón quería creer que la playa había dejado de encogerse y le bastaba con sentarse sobre un muro pintarrajeado a observar al sol sumergirse en el mar. El ocaso rosa y dorado se apagaba. Por unos segundos, el zumbido del tráfico en la calle costera se detuvo y solo quedó la respiración de las olas que se disolvían en la arena. Simeón no quería irse de Colmenas. No otra vez.

La gente de Colmenas veía fijamente al horizonte no solo porque temía una catástrofe, sino también porque esa línea que parecía ser el borde del mundo significaba el éxito. La Ballena no era de fiar, ya estallaría cuando le diera la gana, pero la península siempre estaba ahí, con la entereza de la tierra firme y como un canto de sirena hipnotizando a los colmenareños. La península era aquella franja verdosa en el horizonte que uno se imaginaba desde la playa en los días de cielo despejado. Nadie que viera a Simeón con los ojos anclados al mar podía saber si él pensaba en su muerte o en su salvación.

Se dejó caer del muro y apretó su abrigo contra su cuerpo. Un choque eléctrico se extendió de su columna vertebral a sus brazos, no por el aire invernal sino porque momentos como este lo hacían sentirse infinito e insignificante al mismo tiempo. Era un paréntesis vital en el que todo lo que

existía, dentro y fuera de sí mismo, era la belleza de un solitario atardecer en el mar. Hasta que Simeón rompió su trance, volvió a la realidad y pensó en su billetera. Una versión de su sueño recurrente incluía bomberos que entraban a la librería donde él trabajaba, inundada hasta la cintura, y le advertían que si pensaba quedarse ahí debía prepararse para una segunda ola. «Tenga su billetera encadenada a su bolsillo —le aconsejaban—, cargue siempre su identificación en caso de que la marea lo arrastre y su cuerpo quede irreconocible por la descomposición». Simeón palpó los bolsillos de su pantalón y granos de arena y sal se pegaron a las palmas de sus manos. La billetera estaba ahí.

Una gaviota planeó sobre su cabeza y se posó en un rótulo que decía «Ruta de evacuación». Dos figuras humanas corrían en la dirección que señalaba la flecha. El trazo tenía un dejo infantil o tal vez solo Simeón lo percibía porque era su dibujo. Se suponía que esas figuras eran su hermana Sam y él. Para Simeón, ese rótulo era el logro de su vida, aunque no fuera una obra de arte, aunque nadie jamás lo identificaría como suyo. Lo que estaba ahí plasmado era su futuro o, cuando menos, una robusta probabilidad. Quizás algún día Simeón correría en la misma dirección que esas figuras humanas, pero en el presente podía ignorarlas y caminar en el sentido contrario que indicaba la flecha. No es que él fuera rebelde. Le gustaba caminar en la arena mientras la oscuridad crepuscular ganaba terreno, pero al anochecer subía una colina y se encerraba en su casa.

Para llegar a su casa desde la playa, Simeón tenía que cruzar tres estacionamientos: el de un almacén mayorista, el de un supermercado de la cadena Ficus y el de un pequeño centro comercial. Los tres locales habían sido ya clausurados y casi todas las lámparas que solían alumbrar esos estacionamientos estaban rotas. En los primeros meses tras su regreso a Colmenas, dos años atrás, Simeón temió que alguien surgiera de alguno de esos recintos abandonados y lo dejara medio muerto entre las líneas blancas que se desvanecían sobre el pavimento. Por ese tiempo él leía *La capitana de Las Esmeraldas*, un libro sobre un imponente navío vagabundo y repasaba en su cabeza sus fragmentos favoritos de la historia para calmar su ansiedad mientras caminaba. Eventualmente, su miedo a la desolación desapareció y nunca le pasó nada en ese trayecto y en ningún otro. A veces Simeón juraba que en la ciudad solo quedaba él.

Su casa era la 98 en la empinada calle Bylot. Pasó de largo frente a la casa 86, con su fachada invadida por un grafiti como una colorida hiedra

trepadora. Por mucho tiempo, la 86 fue casi como cualquier otra casa abandonada en la ciudad: hueca, fantasmal, una osamenta compuesta por ventanas rotas y mugrientas paredes descascarándose con indolencia. Esta casa, sin embargo, tenía un privilegio como pocas en Colmenas, pues estaba rodeada por una malla de metal que impedía el acceso a la propiedad. Fue este el último gesto protector de quienes la habitaron, un gesto tan piadoso como inútil. Alguien había entrado al jardín la noche anterior, el 8 de enero, a estampar la fachada con letras infladas como globos. Simeón calculó que los signos de exclamación que acentuaban el mensaje eran de su estatura: «¡Hasta nunca, desgraciados!». Desgraciados. Simeón pensó que las ratas son las primeras en abandonar el barco que se hunde, Colmenas siendo el barco en cuestión. Luego imaginó la sensación de una picadura de hormiga en su brazo y se corrigió como lo haría su hermana: no había nada de reprochable en ser una rata ni en abandonar un barco que se hunde. No debía referirse a las personas, ni siquiera a los engendros que solían habitar la casa 86, como ratas.

Llegaron las 10 de la noche, hora que encontraba a Simeón tendido sobre el sofá de su sala como un manojo de algas marinas expulsadas a la arena. Su compañía eran un libro abierto y la serenidad que él estaba resuelto a mantener por el resto de su vida. El libro era *Un año sin David*, una historia hermosa, de esas que uno dice haber leído cientos de veces, pero Simeón comenzaba a cabecear. Dormía y despertaba como entrando y saliendo de una habitación oscura hasta que decidió quedarse dentro de ella.

El teléfono en la mesa junto al sofá sonó como un taladro y Simeón regresó de golpe a la sala iluminada. Tomó el auricular sin pensarlo y exclamó «¿aló?», estirando la interrogación y seguro de que moriría de un infarto. Su número era el asignado desde que construyeron la casa décadas atrás, pero además de su jefa y el jardinero, no se lo había dado a nadie. Si Simeón hubiese estado propiamente despierto, no habría contestado. Debía ser una broma o alguien que marcó número equivocado.

Al otro lado de la línea escuchó un vacilante «Oh. Creí que eras Sam». Su corazón, hasta entonces chocando violentamente contra sus costillas, cayó como un pájaro muerto. Simeón volteó hacia el auricular: «¿Jimmy?».

Silencio.

—Jimmy —repitió presionando el nombre entre sus dientes—. ¿Cómo supiste que había alguien en esta casa?

—Estoy afuera.

Simeón abrió la puerta y se paró en el umbral con el auricular todavía pegado a su oreja. De la oscuridad de la calle surgió una silueta que parecía haberse desprendido de la portada de una revista musical. En efecto, Simeón recientemente había visto ese inconfundible rostro angular adornando la portada de *Tempo*. Jimmy tenía el cabello elevado en una curvatura como si una nube enfurecida se lo hubiera succionado. Su larga chaqueta roja y negra caía como una falda, sus ojos estaban perfectamente delineados sobre los pómulos que él y Simeón tenían en común, y Simeón suspendió su escrutinio porque esa cara se detuvo frente a la suya. No había visto a su hermano mayor en carne y hueso en ocho años, y sintió algo parecido a la felicidad ahora que lo tenía enfrente. Pero la resolución con la que Jimmy se le acercó le era familiar: venía a tirarle sus problemas. Simeón optó entonces por la cautela.

—Jimmy...

—Simeón... —respondió Jimmy con un tono igualmente cauteloso. — Tengo que pedirte un enorme favor.

Por un segundo, Simeón creyó haberse dormido mientras leía su libro y pronto él se veía a sí mismo corriendo hacia las colinas huyendo de un maremoto, que era un sueño frecuente. «El contacto de emergencia soy yo», escuchó decir a Jimmy, pero Simeón seguía embebido en su escena. Esto no podía ser más que un sueño porque solo dos minutos atrás él se encontraba marinando en su preciada soledad. Jimmy se dio cuenta de que Simeón no lo estaba escuchando y chasqueó sus dedos frente a él.

—¡Ey, cabezón!

Simeón no había escuchado ese apodo desde que era un adolescente y fue un golpe que le hizo aceptar que esta era la realidad. Sí, Jimmy estaba aquí y su dedo índice señalaba un carro rojo estacionado frente al jardín. Había alguien en el asiento del copiloto. Era Celeste. Debía ser Celeste, su hermana pequeña. La garganta de Simeón se hinchó como si le hubiera dado alergia.

Celeste era el último retoño y la última esperanza de los padres de Simeón. Ella era su bebé promesa mientras sus tres hijos mayores se graduaban de causas perdidas. Cuando Simeón volvió a Colmenas y supo que sus padres se habían esfumado, no le cupo duda de que su hermana menor se fue con ellos, adonde fuera que huyeron. En cambio, como se enteró por Jimmy, sus padres se dieron por vencidos con Celeste como con ellos y la enviaron a un internado, al Instituto Integral para Niñas Rogelia Augusta Aspirales. Jimmy le explicó que un día sus padres regañaron a Celeste con un «¿Por qué no podés ser como Jimmy?», porque se rehusaba a actuar como una señorita.

Ahí fue cuando ellos comprendieron que, a pesar de sus mejores esfuerzos, todo les había salido al revés.

—Bueno, no fue exactamente por eso que optaron por el internado — aclaró Jimmy tratando de disimular una sonrisa—, pero ayudó a que lo decidieran.

—¿Y por qué fue «exactamente»? —preguntó Simeón.

—¿Estás al teléfono con alguien importante? —replicó Jimmy con ironía.

Simeón se dio cuenta de que seguía sosteniendo el auricular en llamada. Presionó el botón de colgar suspirando avergonzado. Entonces Jimmy le entregó una carpeta.

—Sí decían que eras una señorita... —sonrió Simeón abriendo la carpeta.

Simeón esperaba que evocar la ingenuidad parental aligeraría el ánimo de su hermano, pero Jimmy solo lo miró con indiferencia así que enterró su vista en la primera página. Era el formulario de ingreso al Rogelia Augusta Aspirales, con los datos de contacto de las personas responsables por Celeste. Los datos de sus padres no se mencionaban en ese formulario, tampoco los de Samanta, la hermana melliza de Simeón, ni los suyos. Estaban los datos de Jimmy. Una segunda hoja en la carpeta informaba que él había sido designado guardián legal de Celeste, lo cual, para Simeón, indicaba una profunda desesperación en sus padres.

—Les se las arregló para inundar los dormitorios del internado —dijo Jimmy sin un asomo de sorpresa y le preguntó a su hermano si escuchó sobre la inundación en las noticias.

Simeón respondió que no se enteró de nada y, aun si lo hubiera hecho, él no tenía la menor idea de que su hermana menor estaba en ese internado.

—Necesito que se quede con vos —sentenció Jimmy sin poner atención a la respuesta.

Simeón maldijo la hora en que volvió a esta casa. Por Jimmy, no por Celeste. O quizás también por ella. Era su hermanita pero también era una desconocida.

—Estás viviendo aquí, ¿no? —Jimmy se inclinó para darle un vistazo al vestíbulo— ¿Y solo?

—Pues... sí.

—Estás solo. Tenés una vida tranquila, quizás incluso aburrida.

—¡No! Bueno, sí, pero eso no significa que-

Jimmy giró sobre sí mismo seguido por el vuelo de su chaqueta y se alejó. Él regresó a tener ocho años y Simeón casi seis. La sangre le hervía cuando

su hermano mayor lo ignoraba; se quedaba con la boca abierta porque sabía que debía decir algo pero no sabía qué. Jimmy volvió a la oscuridad, dirigiéndose al carro con paso resuelto.

Simeón pudo haber salido a recibir a Celeste. Solo debía poner un pie en el jardín y atravesar el camino de piedras, pero no salió. Retrocedió dos pasos y cerró la puerta, se apoyó contra ella y debatió entre no ceder ante Jimmy y librar a Celeste de la negligencia de su propia familia. Ya no podía zafarse de todos modos, ambos sabían que él estaba ahí. En cualquier momento el timbre de la casa chirriaría como solo chirriaba cuando el jardinero llegaba. Simeón escuchó pasos acercarse junto con algo que crepitaba contra las piedras y se preparó para escuchar el irritante timbre. Jimmy tocó la puerta educadamente. El ojo derecho le tembló. Estaba en una de sus pesadillas, con el agua inundando la habitación hasta ahogarlo.

Simeón resopló y abrió la puerta por segunda vez. La sorpresa lo hizo dar un paso atrás: junto a Jimmy estaba un chico que se parecía a su hermana menor y que era el doble de su estatura cuando la vio por última vez. Un gorro gris de lana le cubría la frente y las orejas, y le caía a un lado de la cabeza como caían las aletas de las extintas orcas cuando estaban en cautiverio. Vestía una camisa blanca de puño demasiado grande para ser suya, pantalones y zapatos deportivos. Se veía como si fuera a cantar en un coro, como un niño impaciente por ser adulto. De uno de sus hombros colgaba una mochila. Su mano apretaba la de Jimmy, quien saludó a Simeón con un afectuoso «Hola de nuevo», como si ambos no se hubiesen sulfurado un minuto atrás.

—Como te decía —carraspeó Jimmy—, necesito que Lester se quede con vos.

Jimmy miró a Simeón intensamente, como si llevara su dedo índice a sus labios. Simeón miró a Lester, quien lo examinaba con desconfianza desde esa camisa que le serviría como tienda de campaña. Después miró a Jimmy otra vez, más un personaje que una persona de no ser por la ansiedad que borboteaba en su mirada. Un par de desconocidos. Su familia. El otrora instinto de huida de Simeón se convirtió en la urgencia de abrazarlos a ambos, pero solo se apartó para dejarlos entrar. Lester soltó la mano de Jimmy y pasó frente a Simeón observándolo fijamente, como si Simeón fuera a atacarlo al darle la espalda, y se dirigió a la sala. Jimmy entró al vestíbulo arrastrando una enorme maleta y tomó a Simeón por el brazo.

—Sé lo que estás pensando —dijo en voz baja.

—¿«Lester»? ¿Desde cuándo...? —susurró Simeón.

—No es que no lo viéramos venir.

—Supongo, pero siempre... no sé, estaba la posibilidad de que eso fuera solo...

—El chico que acaba de entrar en tu sala —dijo Jimmy con firmeza— es aquel bebé que sostuviste en el hospital cuando nació. Eso es todo.

Las discusiones entre Simeón y Jimmy solían ser como partidos de ping-pong y ganaba quien lanzaba un argumento de simplicidad inapelable. Entonces se iban a los golpes. Pero eso no sería necesario ahora. Simeón había aprendido que mientras él estuvo en otra órbita, el mundo siguió girando.

—¿Estamos claros en esto? —susurró Jimmy, como una orden y como una súplica.

Simeón movió la cabeza afirmativamente.

Entraron a la sala. Simeón devolvió el auricular al teléfono y Jimmy volvió a hablar con voz normal.

—No te causará problemas. Él y yo ya tuvimos una conversación de hombre a hombre, ¿cierto, Les?

Lester volteó a verlo pero no le respondió. Se sentó en el sofá y observó la sala del suelo al techo. Observó la televisión, el teléfono sobre la mesa y *Un año sin David* tirado en el piso, intentando convencerse de que la casa en la que creció era esta misma.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó Simeón torpemente sentándose a su derecha.

Simeón no estaba seguro de cómo dirigirse a él. De bebé lo llamaban Lessie, pero él ya no era un bebé. Jimmy lo llamó Les, pero ese nivel de confianza no parecía proceder tras ocho años de no conocerse. Lester le sonrió a Simeón con amabilidad y timidez, como si Simeón fuera un extraño. Lo era.

Sin romper su silencio, Lester sacó un papel arrugado del bolsillo de sus pantalones y se lo entregó a Simeón con orgullo como si fuera un trofeo. Era una carta de la directora del internado en la que se refería a Lester como una de sus más valiosas alumnas. No obstante, Lester había sido expulsado. En su calidad de guardián, Jimmy podía apelar para que Lester volviera el próximo año y repitiera el curso bajo ciertas condiciones. La directora lo consideraba «una jovencita brillante y con mucho potencial», aunque sus proyectos terminaban en la basura o bajo custodia de la policía, y era alarmantemente notorio que no contaba con una figura adulta que impusiera

disciplina y le guiara en «sus confusiones».

Lester seguía los ojos de Simeón que se deslizaban de línea en línea. Cuando llegó a la mención de la intoxicación de sus compañeras de Química por una solución de mortífero olor a piña, Lester interrumpió su lectura. La suya era una voz ecuánime forcejeando con las mutaciones de la adolescencia:

—Ese fue un accidente.

—Lo sé —replicó Simeón sin pensarlo.

Lo supuso. Una de las cosas que Simeón aceptaba como verdad irrefutable desde que Les nació era su naturaleza inofensiva y bien intencionada.

Jimmy se sentó a la izquierda de Lester y le susurró algo que lo hizo reír. Simeón continuó leyendo, sintiéndose extrañamente reconfortado por esta carta. Él también recibió una, aunque menos benevolente, cuando lo expulsaron de la universidad.

Terminó de leer y bajó la carta hasta su regazo. Con ese ademán, Jimmy se levantó:

—Mi abogada te contactará para transferirte la custodia.

Simeón sintió que cayó en una trampa. Esto lo tomó por sorpresa pero también le pareció lo más esperable del mundo. Jimmy resolvía todo en su cabeza antes de extender a los demás la cortesía de informarles que estaban involucrados en el problema o en la solución. La intuición inicial de Simeón fue correcta: Jimmy llegó a tirarle sus problemas.

—¡Yo no te pedí su custodia, Jimmy! ¡¿Cómo se te ocurre aparecer de la nada y salirme con esto?! ¡Es una estupidez! ¡Lester es tu responsabilidad!

—Tengo asuntos que resolver con Fahrenheit —respondió Jimmy con frialdad—. Necesito dedicarme completamente a eso.

—¡Lo que pase con tu estúpida banda no es mi problema! ¡¿Qué ibas a hacer con Lester si no había nadie en la casa?! ¡Tendrías que encargarte de él de todos modos! ¡¿Qué se supone que ibas a hacer?!

Pobre Lester, pensó Simeón, creería que no lo quería en su casa. Sin embargo, Lester miraba este intercambio desde el sofá sin un ápice de emoción en su rostro, como si la discusión no le concerniera.

—¡Estoy viviendo en un hotel, Simeón! ¡No estoy en condiciones de cuidarlo! No sé qué habría hecho si no te hubiera encontrado, pero qué bueno que estás aquí. ¡Tengo asuntos que resolver con la banda!

—Lo echaron de la banda.

Ambos voltearon hacia Lester y su persistente expresión de desgano.

Jimmy lo observó con los ojos entrecerrados y sus labios articularon palabras sin sonido que Simeón no logró descifrar. Lester le sostuvo la mirada y sonrió con la boca cerrada. En esa expresión Simeón notó que Lester tenía los ojos ligeramente hundidos como él, como Jimmy, como su hermana Sam.

Antes de la medianoche, Jimmy, Lester y Simeón se sentaron a la mesa y comieron cereal de frutas. Esta comida fue una ceremonia de recibimiento y una tregua, además de un recordatorio de aquellos tiempos cuando ellos eran otras personas que eran una familia. Lester habló del deshielo de los últimos casquetes polares que habían resistido hasta el presente, las lluvias de meteoritos y de cómo todos iban a morir. Jimmy habló sobre sus planes de ser solista porque estaba cansado de acomodarse a otros pero tal vez, quizás, Fahrenheit podría sobrevivir si resolvían sus desacuerdos. Simeón escuchó las historias de ambos a medias, creyendo no tener ninguna historia emocionante que aportar, y si la hubiese tenido, no lo habrían escuchado. Jimmy y Lester hablaban entre sí, se interrumpían el uno al otro y lo único que Simeón rescató de la conversación fue que todos iban a morir.

Jimmy se fue cerca de la una de la mañana. Simeón le ordenó que regresara la noche siguiente para discutir la custodia y cómo se dividirían para cuidar a Lester y asegurarse de que llegara a ser un adulto ojalá más estable que ellos. Simeón acompañó a Jimmy hasta su carro, no solo para martillarle por enésima vez que volviera la noche siguiente, sino para hacerle una pregunta que no quiso hacer en presencia de Lester en caso de que involucrara malas noticias. Era sobre Sam. Durante la caótica sobremesa, Simeón hizo un veloz recuento de lo que pasó esa noche desde que él estaba cabeceando frente a su libro hasta que llegó a la llamada.

—Jimmy... —dijo mientras Jimmy abría la puerta del carro—. Cuando contesté el teléfono creíste que yo era Sam. ¿Por qué? ¿Ella está en la ciudad?

Su hermano miró a su alrededor como asegurándose de que no había nadie.

—Sí. Estoy casi seguro de que ella sigue aquí. Arrestaron a algunos de sus amigos cuando se metieron a la granja de los engendros. Supongo que sí te enteraste de esa noticia.

—Sí, que arrestaron a cuatro activistas.

—Pues ella entró a la granja también, pero logró escapar.

—¡Lo sabía! Vi la noticia y algo me dijo que ella tendría algo que ver en eso. ¿Dónde está?

—Me llamó por un artículo sobre Fahrenheit que salió hace poco y me

contó que estaba en Colmenas por el arresto de sus amigos. Pero eso fue hace algunos días y ya sabés cómo es con ella. No quiso decirme mucho más.

—Pero traías a Les para dejarlo aquí. ¿Él sabe lo que está pasando con Sam?

Jimmy suspiró para ganar tiempo mientras preparaba su respuesta.

—¡Por supuesto que sabe! ¿Por eso me preguntás por Sam hasta ahora, creés que le mantengo esto en secreto? Él está completamente al tanto de lo que pasa con su hermana. Mirá, hace unos días, él y yo pasamos frente a la casa y notamos el jardín bien cuidado... se ve bonito, por cierto. Les estaba seguro de que nuestra casa no había sido vendida y entonces creímos que sería obra de Sam, refugiándose aquí por un tiempo.

—Pero dijiste que ella entró a la granja. Este es el primer lugar donde la policía la buscaría.

—Yo sé, pero ella me aseguró que la policía no la está buscando. Y como supiste gracias a Les y a su gran bocota, no puedo hacerme cargo de él, así que lo traje en caso de que Sam estuviera aquí, o que al menos hubiese dejado la casa habitable.

—Pero Jimmy, ¿dejar a Lester con Sam sabiendo que ella podría estar en problemas? Eso es todavía más irresponsable.

—La luz de la sala estaba encendida —siguió Jimmy como si no hubiera escuchado—. Marqué el teléfono de la casa y rogué a los cielos que mi suposición fuera correcta.

—Oh —Simeón miró alrededor, con la esperanza de que Sam estuviera cerca.

—Ya aparecerá cuando sepa que estás aquí. Estará feliz de verte. —Jimmy cerró la puerta y la abrió de nuevo. —Por cierto... sé que fue la semana pasada, pero... feliz cumpleaños, Simeón.

Simeón se sintió desconcertado. No esperaba ningún comentario abiertamente positivo de Jimmy, incluso debía agradecer el trato neutral de su hermano mayor esta noche.

—Bueno... —alcanzó a balbucear— el tuyo fue el mes pasado. No es tan grandioso como que te feliciten miles de personas en un estadio, pero feliz cumpleaños, Jimmy.

Jimmy sonrió débilmente como si tuviera algo más que decir. A Simeón no le cabía duda de que Jimmy estaba enfurecido porque Simeón falló en algo tan elemental como dirigirle la palabra en ocho años, con el agravante de que fue Jimmy quien tuvo que romper el silencio para pedirle ayuda.

Jimmy cerró la puerta del carro sin decir más y se fue.

Simeón volvió a la casa con la cabeza dándole vueltas, como cuando despertaba de sus sueños en los que el mar lo revolcaba. Le mostró a Lester todas las habitaciones como si fuera un agente inmobiliario y Lester lo siguió en silencio. Acordaron que Lester dormiría en su cama y él en el sofá hasta que acondicionarán una de las habitaciones para que fuera suya. Lester desempacó sus pertenencias —ropa, libros— en un extremo de la cama y se quitó el gorro. El corazón de Simeón se encogió al notar que él tenía el pelo como Jimmy muchos años atrás. Mechones marrones se descolgaban sobre la mitad superior de su rostro como las ramas de un sauce, pero el pelo en la parte trasera de su cabeza lo tenía al ras de forma desigual. Él mismo se lo había cortado con tijeras.

Simeón dejó a Lester en su habitación y preparó el sofá para dormir en él. Solo unos minutos después, Lester apareció en la sala y se enrolló en las sábanas como un cachorro buscando compañía. Simeón no tenía nada que decirle hasta que recordó un tema que solía interesarle: le preguntó qué había pasado con la oología. Lester respondió que era un pasatiempo que no eclosionó y se rio en tono autocongratulatorio. Luego, sin que Simeón se lo pidiera, comenzó a describirle la monotonía del internado y listó las peculiaridades de sus excompañeras, como la niña narcoléptica y la niña que creía que un mapache era un gato con manos. No mencionó a sus padres ni su vida con ellos mientras Simeón vivía en la península. Jimmy tampoco los mencionó más que una vez. Cuando estuvieron en la mesa, Simeón quiso preguntar por ellos, pero supo apreciar que ese tema, al menos en ese momento, no tenía cabida entre ellos.

Lester habló y habló. Simeón bostezó para insinuarle que podían continuar por la mañana, pero sus bostezos no lo contagiaron y él siguió hablando. No quedaba rastro del jovencito tímido que había entrado a la sala horas atrás y Simeón tuvo la sensación de que estas conversaciones ya las habían tenido antes. Muchos años atrás, Simeón solía preguntarse cómo sería conversar con Lessie cuando creciera. Esa era de las pocas aristas de su futuro que anticipaba con optimismo. No pensaba en su apariencia, sino en las cosas en las que demostraría experticia, en qué cosas encontraría graciosas o molestas. Así que esta versión de Les que tenía enfrente, aunque inesperada, le pareció tan plausible como cualquier otra. Había un lazo fundamental entre ellos, una obvia pero complicada certeza de que se conocían de toda la vida.

Por fin, Lester bostezó y prometió que se portaría bien, que no causaría

problemas y que nunca regresaría a «ese tugurio» que era el Rogelia Augusta Aspirales. Lester cayó dormido a las tres de la mañana. Simeón lo empujó con cuidado para acostarse a su lado en el borde del sofá. Pensó que todo estaría bien. Él se haría cargo de Lester y Jimmy también haría su parte. No había nada de qué preocuparse.

La alarma repiqueteó a las 6:30 de la mañana y Simeón seguía despierto.